JOHN MCHUGO (2013). *Una breve historia de los árabes* **[Traducción de José Adrián Vitier]. Noema. Madrid: Turner, 371 págs.**

Hubo un tiempo en que se escribían historias de los árabes sin continuas alusiones al islam. De hecho, fue la marca del siglo XX: reconocer un Oriente Medio y norte de África desligados por completo de las inducciones religiosas, las mismas que se habían constituido en principios rectores historiográficos desde la Edad Media hasta finales del XIX. Esa mirada del siglo XX hacia lo árabe, y no lo islámico, era coherente con el espíritu de los tiempos y ni siquiera se planteó como hartazgo y giro copernicano; ya que, pese a la moderada afluencia de estudios sobre el islam hasta el XIX, aquellos tiempos «pre-postmodernos» no llegaban a las soflamas neomedievalizantes de hoy en día, con el retorno de títulos ultramontanos del tipo *El islam y la cruz,* invasiones, reconquistas y yihadismos varios. No; antes del siglo XXI y de nuestro charco cultural esencialista, el espacio árabe se contemplaba en su tautológica arabidad. Probablemente un adelantado en esto había sido Edward Pococke, quien, por ejemplo, presentaba ya en 1650 una célebre *A History of the Arabs* (se conserva un valioso ejemplar en la catedral de Salisbury, dicho sea de paso), que no se acerca ni por asomo al «prietas las filas» que hoy es tan usual en la *droite divine* europea; esa que lee fuentes tardías frente al telediario para comprender el origen de las cosas. Es más, Pococke es bien consciente en su obra, ya a mediados del siglo XVII, de que hay un algo islámico escrito en árabe que no debería ni por asomo calificarse de religioso. No en balde fue el gran editor del *Filósofo autodidacta,* obra en árabe del granadino —o puede que almeriense— Ibn Tufayl (muerto en 1185), «albacora» del antropocentrismo europeo y de toda la novela didáctica de la Ilustración que, sin embargo, no aparece en nuestras historias de la literatura (aunque sí en las alemanas, como iniciador del *bildungsroman* europeo).

Pues bien, ese tiempo de historias de los árabes, que no del islam, nos dejó una serie limitada de compactas e imprescindibles obras de referencia —densas, holísticas sin complejos— para todos los que fuimos formados antes de las Torres Gemelas. Eran las páginas de Philip K. Hitti desde 1937, con más de una decena de ediciones, o las de Albert Hourani. Autores árabes —ocasionalmente cristianos— conscientes de que el siglo XX fue el tiempo de las mareas humanas, las superestructuras económicas, el gran juego estratégico, el reparto colonial, la dependencia petrolífera, el arranque del comercio mundial sin marcha atrás, etc. Obras grandilocuentes, es verdad, cargadas de revolución pendiente y culpas ancestrales por la dominación y el desequilibrio, pero en ningún caso ancladas en inducciones neolíticas ni en la contemplación del mundo desde las hojas parroquiales. Un discípulo de Hourani en este género de «historias de los árabes» que nos ocupa fue Eugene Rogan, gran conocedor de las mareas sociales árabes, quien basó su obra en el rechazo a lo esotérico a la hora de interpretar el mundo árabe. De hecho, hizo suya la célebre alocución de Lawrence de Arabia —*Los siete pilares de la sabiduría*— sobre que no hay más excusa para nuestra incomprensión de lo árabe que la pereza y la ignorancia. Estas son consejeras de la copia y de la retransmisión indolente de viejas ideas sin regurgitar, pero lo árabe se merece un pensamiento

originario lateral, adaptación, un cambio de paradigma que acepte un mundo árabe menos alienígeno y más entrelazado social y culturalmente con Occidente. De esa sabia tradición anglosajona —la británica era la mejor conocedora de Oriente Medio—, se desgajó un día Bernard Lewis (nacido en Londres, pero de doble nacionalidad israelí y norteamericana) con su extensa obra *Los árabes en la historia,* al servicio del nuevo orden internacional, y ya desde entonces todo volvió a ser esencialista en beneficio del «choque de civilizaciones» neo-cruzadista. Todo hasta que llegó el libro de John McHugo *Una breve historia de los árabes,* encadenado a la vieja y sabia tradición británica de análisis sin pereza ni ignorancia.

McHugo ha compuesto un libro inteligente que podrá leerse dentro de cincuenta años, a diferencia de las citadas hojas parroquiales. Siendo, como es, un reciente eslabón de aquella tradición de análisis contemporáneo —y no medievalizante— británica, yo diría que se parece mucho a la no menos vieja y también sabia tradición francesa de historiadores de lo árabe; una tradición siempre alternativa, en paralelo y nada simbiótica con la británica. En francés, Marc Bergé, Maxime Rodinson o Dominique Sourdel —entre otros— habían compuesto numerosas páginas acerca de la natural construcción de identidades árabes alternativas a la colonial y basadas en los requerimientos sociales, no en comentarios coránicos, y en eso recuerda John McHugo a tal tradición francesa, como cuando[1] presenta una elaborada síntesis de los intereses creados con la Primera Guerra Mundial sobre la base de una futura ideologización islámica del mundo árabe; islamización nada evidente hasta mucho después de los años setenta. En conexión con esa idea, surgirá después en el libro de McHugo un capítulo sobre la era de los autócratas y el auge de los islamismos[2] en el que hace suya la lógica aseveración de que cuanto no nace del pasado, de la tradición, y se impone con fuerza y virulencia es revolución. De ahí que cuanto vivimos hoy en día en el mundo árabe —entre otras muchas partes del mundo— sea calificable de revolucionario e incomprensible a la luz de fuentes medievales y —de nuevo— a través de lentes deformantes neo-medievalizantes.

Por último, también se produjo un similar acercamiento a lo árabe en lengua alemana. No aparece en esta obra de John McHugo referencia alguna a los libros del alemán Heinz Halm, pero ambos parten de presupuestos lógicos similares, tras los cuales deciden razonar y no soliviantar ni calcar: parten de que la islamización del mundo árabe después de los años setenta fue precisamente una reacción —revolucionaria— a la lenta y progresiva arabización que había vivido —sufrido, según los revolucionarios islamistas— el espacio árabe durante el siglo XX. Esta reacción es la prueba de la existencia de esa previa, lenta y natural, arabización de la esencia próximo-oriental y norteafricana, por más que la actual bibliografía inducida ideológicamente pretenda negarlo. McHugo historia ese tiempo árabe con rigor y sin la pastosidad de los malos historiadores, esos que afirman dedicarse «a la historia pura y dura» para así ocultar incapacidades narrativas. El autor conoce bien el espacio, requerimiento que entiendo como esencial: John McHugo es

1 John McHugo (2013). *Una breve historia de los árabes* [Traducción de José Adrián Vitier]. Noema. Madrid: Turner, p. 155 y ss.

2 *Ibídem,* pp. 277 y ss.

abogado y —como veremos enseguida— actuó como tal en una parte del espacio árabe que a todas luces aún no se ha independizado de los códigos jurídicos británicos, una circunstancia que indudablemente favorece el natural conocimiento directo y profesional de algunas élites británicas, conocimiento que en absoluto se parece al modo en el que desde España nos acercamos a lo árabe, ya sea intelectualmente o desde plataformas empresariales que están de espaldas a la realidad.

Más allá de recuperar el sentido tradicional británico de un género —las «historias de los árabes» como ejercicio intelectual de análisis, no como pleitesía estatalista—, el autor, como decía, aporta su experiencia y conocimientos personales en el ámbito de los medios de comunicación y del derecho internacional. El lento discurrir de su redacción había quedado listo hace años, pero ese primer trabajo desapasionado —desde el punto de vista de ideologías previas— se vio un día empujado por la actualidad, que de pronto forzó un cierre distinto al previsto: el rebrote de las llamadas primaveras árabes de 2010 sorprendió a John McHugo como necesaria apertura literaria final de su libro, de modo que debió enfocar de nuevo sus conclusiones. Porque la obra avanza hacia conclusiones; estas páginas que nos ocupan no son una mera relación de acontecimientos, sino que analizan los precedentes del presente, y ese presente vino a sorprenderle con la autoinmolación de un joven, Mohammed Bouazizi, un día determinado en las calles tunecinas. Así, la historia actual vino a forzar su pensamiento. Y es que, pese a la habitual soberbia endémica de los historiadores «manualistas», la historia es una narración —en puridad, una serie ilimitada de narraciones enfrentadas—, y McHugo ofrece la suya al servicio de la comprensión de un presente en movimiento. En la más pura tradición historiológica de comprender el pasado no como el cascarón del tiempo dejado atrás, sino como el prisma a través del cual se contempla el tiempo actual y las posibilidades de coloración de lo por venir. Así, el autor que nos ocupa narra una historia para comprender lo que hoy se ve.

En este sentido, el arranque narrativo de tal historia no podía ser muy diferente del que leemos en la primera página: «*Este libro examina la larga historia de los árabes para ver cómo ha conducido a los problemas que padece su mundo hoy*». Con todo, el autor no busca razones telúricas que condicionen un presente, sino circunstancias de largo recorrido. Este presente desde el que contempla el camino se sitúa en unas coordenadas completas, un *dramatis personae* por vez primera no condicionado por orientalismos ni victimismos. El espacio árabe presente de McHugo viene de una larga historia, pero solo responde, reacciona recientemente, ante una situación concreta y cercana: «Hallaron a los autócratas árabes sumidos en la autocomplacencia y la negación [...]». Por fin, un panorama limitado, no las usuales coordenadas galácticas de beduinismo y narración coránica. Ese mundo árabe del autor no es un belén orientalista plastificado por el «religiosismo» y el celuloide cinematográfico, sino un espacio en movimiento contemporáneo, urbano, autocrático, sometido a la ley de la gravedad del biopoder y al modo de subyugar a poblaciones, no de legitimarse frente a un pueblo árabe, y de ahí la crítica al autocratismo frente a la lógica de forjas estatales desde el pueblo que debió haberse impuesto. En las páginas de McHugo encontramos a Foucault leyendo el mundo árabe, no a un arzobispo

ni a un coronel de artillería en plena aproximación. El autor hace suyo el análisis gramsciano que llevó a cabo el ya malogrado Nazih Ayubi al sentenciar que el mundo árabe y el —por poner un caso— latinoamericano pueden tener problemas específicos, pero no tan diferentes, y que tales problemas no dependen tanto de fuentes culturales, sino que dependen más de la imposibilidad de genuinas vertebraciones de abajo arriba (legitimidad popular, decíamos). Pero esa imposibilidad de vertebración desde abajo no es una esencia genética, sino que se relaciona con el modo de entender los Estados de arriba abajo (biopoder, ejercicio hegemónico de un poder tomado, no recibido), una situación lamentablemente endémica en el espacio árabe.

John McHugo no toca de oído ni recolecta de Wikipedia. Su trayectoria profesional de abogado internacionalista con un intenso trabajo de campo en el mundo árabe —especialmente en el golfo— lo sitúa en una atalaya de contemplación privilegiada que no está determinada necesariamente por intereses mediáticos, razones de Estado, índices de impacto al publicar, complejas conspiraciones, o por cualquier otra razón torticera detrás de tanta publicación efímera como aparece después de cada estallido mediático relacionado con lo árabe-islámico. Participando activamente como letrado en procesos legales en medio de la selva jurídica de casos bien concretos de reivindicaciones territoriales o de arbitrajes comerciales internacionales, McHugo ha conocido a unas élites árabes de muy difícil acceso para los analistas usuales, y su punto de vista no es de mero recolector bibliófilo, sino de observador.

Por encima de una narración coherente y bien trabada, destaca en este libro de McHugo su pausada disquisición sobre el concepto mismo de *crisis,* habitualmente asociado al espacio que nos ocupa. El autor propone una acepción creativa bajo el concepto de *procesos purgativos,* en los que el mundo basa sus —así concebidas— crisis de crecimiento, desdramatizando tanto apocalipsis sobre lo árabe. Le obsesionan determinadas fases de transición, y yo diría que, en la historia, lo que no es transición es mero invento narrativo de historiadores, dado que es precisamente el movimiento la esencia del tiempo en marcha, por lo que la continuidad desde la que nuestro autor analiza la historia de los árabes tiene más visos de verosimilitud narrativa. Por otra parte, destacan las continuas alusiones al entretejimiento de las historias de los árabes y Occidente, desoyendo previas propuestas de disociación proclamadas por algún compatriota suyo —léase Kipling y su «*Oh, East is East, and West is West, and never the twain shall meet*» [«El este es el este y el oeste es el oeste y nunca se encontrarán»]—. Muy al contrario, el autor afirma por una parte —la occidental—, que «el mundo árabe y el islam se han vuelto puntos críticos en las guerras culturales de Occidente»[3] y, en virtud de esa dinámica, se tejen los discursos históricos correspondientes. De ahí que la opinión sobre lo árabe y/o lo islámico muestra ya la postura sobre la propia civilización occidental. Por otra parte —viceversa, por la parte árabe—, afirma que muchos árabes y/o musulmanes contemplan sistemáticamente a Occidente como la causa de sus problemas o su tabla de salvación. Con

3 *Ídem,* p. 19.

tales mimbres, ¿cómo seguir planteando posibles asepsias históricas o, siquiera, desentendimiento?

John McHugo *complejiza* —y valga el palabro— la percepción histórica de lo árabe. Su amplio y colorido mosaico de diversidades —étnicas, culturales, religiosas e, incluso, idiomáticas— ofrece una altura irremediable a la hora de analizar la realidad del espacio árabe, y de ahí que nuestro autor dirija ocasionales reojos menospreciativos a una determinada forma —la americana— de solucionar problemas a base de engordarlos y de esperar a que revienten. La expresión «entrar como un elefante en una cacharrería» se queda en nada al lado del modo en que describe McHugo algunas actitudes norteamericanas y su política próximo-oriental: «*Como un borracho jugando al cubo de Rubik*». Hay resabios de Graham Greene en esa percepción, con la despiadada descripción que hace el novelista en su *The Quiet American* sobre la entrada de los Estados Unidos en el *grand jeu* a base de diletantes maniobras repentinas que dan al traste con la vieja forma —sin duda colonial, por otra parte— que tienen los británicos de tratar los a Oriente Medio.

En definitiva, la «historia de los árabes» de John McHugo es un trabajo de autor que destaca por entre un anodino y gregario bosque editorial de bombas y bombos mutuos. Si hubiera que elegir una idea a vuelapluma por encima de tanto desarrollo de pausada continuidad narrativa, destacaría la ironía del autor cuando evalúa la opinión mayoritaria de los analistas al percibir la reacción del espacio árabe frente a esa larga sucesión de propuestas occidentales de reordenamiento. Como dice la célebre crítica expresada por el que fuera ministro de Exteriores de Israel, Abba Eban: «Nunca pierden la oportunidad de perder la oportunidad». Ahí McHugo reacciona, salta, destaca con un maduro juicio sobre la necesaria independencia del devenir árabe. Por mucha historia entretejida entre los árabes y Occidente, las «oportunidades» deben salir siempre de dentro, a menos que confundamos esa historia entretejida con soberbia neo-colonial.

Emilio González Ferrín, Universidad de Sevilla.